
LAS RELACIONES NORTE-SUR EN LA AGRICULTURA EUROPEA (**)

Michel Drain (*)

La expresión relaciones norte-sur evoca de entrada la desigualdad de los intercambios entre los países desarrollados y los que no lo están. Por lo tanto, puede parecer insólita en la actual coyuntura, caracterizada por el debilitamiento de los estados del norte de Europa y la mayor importancia de los del sur en la Comunidad Económica Europea. Implica una problemática que da prioridad a la economía y al análisis de las corrientes entre el norte y el sur de Europa, a los que se considera centro y periferia de un sistema. En consecuencia, era lógico incluir los fenómenos migratorios en los debates. F. Bourquelot ha llamado la atención sobre el agravamiento actual de la situación de los trabajadores de temporada marroquí y andaluces que trabajan en Francia en el sector agrario. El modelo econométrico de Portugal, presentado por J. P. Carrière, atribuye el aumento del desequilibrio regional entre el este y el oeste del propio país a su situación de país dominado. De hecho, los estados del sur de Europa tienen también una periferia, formada por los países subdesarrollados, y, por ejemplo, también ellos acogen desde hace mucho a trabajadores inmigrantes: tunecinos y filipinos en Italia, marroquí en España, caboverdianos en Portugal. Son países también dominantes, y por esta razón se les denomina semiperiféricos, si bien —por las dificultades que entraña— rara vez se tiene en cuenta el balance general del flujo de mercancías, tecnología y mano de obra entre el sur de Europa y el sur subdesarrollado.

Hay quienes, como Lucía Carle, se oponen a una problemática norte-sur por considerarla demasiado rígida, y no es sorprendente que también lo hagan algunos italianos, dada la experiencia de una cierta esclerosis de los estudios históricos debido al abuso de una problemática norte-sur en el interior del Estado italiano.

(*) Geógrafo.

(**) Este trabajo fue presentado en el Congreso Europeo de Sociología Rural celebrado en abril de 1986, en Braga (Portugal).

— Agricultura y Sociedad, n.º 44 (Julio-Septiembre 1987)

Llegamos de este modo a buscar lo específico de la Europa del sur, que quizá se exprese mejor en la capacidad de adaptación de sus sociedades rurales y en los acusados contrastes entre sus diferentes regiones y, especialmente, en el campo. Quizá lo más sorprendente sea el poco efecto de los cambios actuales en este ámbito. Dichos cambios apenas han eliminado o atenuado los contrastes de las estructuras agrarias, del tipo de producciones agrícolas o de los niveles de desarrollo. Puede incluso pensarse que tienden más bien a acentuarlos. ¿No tienen estos contrastes su origen en las propias estructuras de la Europa del sur, que se confunde parcialmente con la zona climática mediterránea? En lo que se refiere a Grecia, Michel Sivignon ha mostrado que la evolución actual podía llevar a reforzar o reencontrar diferencias que se inscriben en la geografía física. Yo mismo he mencionado algunas limitaciones y sugerencias del medio físico. Sin embargo, no puede hablarse de un determinismo del medio físico ni del medio sociocultural y, en este sentido, la gran propiedad, que actuó como factor de estancamiento en los países meridionales, fue un factor de innovación de Menorca.

El papel de las ciudades ha sido siempre decisivo. Las zonas agrícolas más desarrolladas, como la Tierra Firme veneciana, fueron una creación urbana, del mismo modo que las tierras latifundistas del sur. Conviene, por lo tanto, tener en cuenta el juego de los fenómenos económicos a mayor escala y la explicación sincrónica propuesta por F. Braudel y I. Wallerstein, en la que se emplea como elemento explicativo el concepto de coronas concéntricas de países cada vez menos favorecidos a medida que uno se aleja del núcleo de una economía mundial. Aunque recoja en sentido espacial el modelo marxista, sigue siendo histórico, ya que, de hecho ha habido un desplazamiento del polo de máxima actividad, tanto en el tiempo como en el espacio: de Venecia pasó a Amberes hacia 1500, luego hubo una recurrencia a favor de Génova y después, hacia 1600, una transferencia definitiva en dirección a los puertos del Mar del Norte: Amsterdam y luego Londres. Los antiguos modelos de organización han dejado huellas, e Italia del norte aún recuerda haber sido en el pasado el corazón del desarrollo europeo, mientras que el carácter cada vez más periférico del sur no hace sino acentuar una tendencia muy antigua. En efecto, la transformación del sur de Europa y del Extremo Oriente en proveedores de materias primas es una tendencia secular que se remonta quizá a los siglos XII ó XIII y, si bien reactivó un nuevo orden feudal, se caracterizó paradójicamente por formas limitadas pero modernas de comercialización. Estas breves consideraciones son suficientes para mostrar el interés de la aportación de los historiadores en este campo, siempre que adopten una perspectiva a largo plazo; como en el caso de Maurice Aymard, cuya densa comunicación no podría ser resumida. El intercambio de opiniones se ha visto enriquecido (M. Barboff, V. Laffon) por la presencia de antropólogos, y la tendencia general ha sido la de una mayor dedicación al estudio de los procesos que al análisis de las estructuras. En su magnífica comunicación, F. Medeiros intenta liberar el estudio de las sociedades de Europa del sur de una

comparación implícita con las del norte y de restuirles la especificidad de su evolución, de la misma manera que M. Aymard aboga por una gestión histórica libre de la ingenua visión positivista de una evolución lineal.
